

Eterno García Ponce

René Rodríguez Soriano\*

*Troya pudo haber o no existido,  
está viva en las palabras de Homero...*  
Juan García Ponce

### Imagen primera

Los normales, normalmente los domingos, van al templo. Los demás, quién sabe. Se escribe con una bestia ciega entre los dedos, para exorcizarse de pelusitas de ángeles y manías. Se escribe con pasión, contra el tedio y la mensura catastral; contra el fango y las bajas pasiones. En un papel sin líneas, sin límites ni conciencia. Por el placer de escribir, dotar de vida los fantasmas que nadan en las aguas de la imaginación, poniendo en juego el cuerpo y los deseos. En consecuencia, se escribe para los que se embriagan en el placer de la lectura.

No estoy seguro de que exista una lectura para domingo y días feriados, y otra para el resto de la semana. Tengo nociones de que existe una literatura que es la madre. A la que se entra sin relojes ni gabanes y, sobre todo, sin la profilaxis del censor. El sentimiento lastra la razón. ¿Será acaso la lectura del placer de la que hablara Barthes? Leo a Juan García Ponce y, desnudo –como único se entra al agua, a la vida y al amor–, me baño en las aguas primeras, donde Morena lavaba cada lunes la semana anterior de la familia.

Leo a García Ponce y en sus aguas enjuago mis deseos recentinos y adultos. Lato. Paladeo. Y me pierdo en las carnes de las aguas, leyéndome en los márgenes de historias que, en lo aparente, nada cuentan cuando abiertamente cuentan todo a la vez, transgrediendo el equilibrio y las reglas, río adentro. ¿Pervertido o divertido? Una mujer desnuda me envuelve en el ropaje de sus ganas, de sus sueños o de su sed. En blanco y negro, se va ensanchando la pantalla, y mil contorneadas piernas entran, firmes y hermosas, vienen de la mano de Truffaut a darle el último adiós a *El hombre que amó a todas las mujeres*.

Leo a Bataille, leo a Musil, y el desfile se ensancha. Herido de vida, ya hacía rato que, como lector, había caído al cielo del placer garcíaponciano. El eterno femenino, llenando toda la pantalla, entró con toda su corte galante, el día que dejé abierta la ventana y, en tropel, como por su casa, pasaron todos los perros *De la vida perdurable*. El protagonista nunca muere. El antihéroe controla casi todas las miradas, estableciendo un rabioso pacto de amor con los incontables nombres de la mujer que es todas las mujeres. Virginia. Amelia. Laura. Vanya. Tajir. Cecilia...

Desde entonces, el morbo o la pasión soltaron *los perros del deseo* en mi insaciable sed, y busqué más: *El gato*, *La presencia lejana*, *El nombre*

*olvidado, Unión, El libro*. Todos los libros, el libro que es Juan García Ponce: “el artista como héroe y el vidente de la mirada.”

### El nombre olvidado

Poco o casi nada he leído sobre García Ponce. Y hasta creo que, en el fondo, ni falta hace. Puede que su leyenda resida en la ausencia de leyenda alguna. Algo que, si se quiere, no resulta de gran interés para las grandes editoriales, para las cadenas de la banalidad y el tedio. Puede haber no existido –rizo sus propias letras–, está vivo en las palabras que él mismo puso en boca de sus personajes. O de él mismo:

–...*la gran ventaja de la literatura es que no nos plantea la necesidad de elección* –parece asañarme de *Entre las líneas, entre las vidas* este insaciable lector de Borges y de Broch, mientras me incita a invadir las páginas del libro que escribe desde el mismo callado lugar donde siempre estuvo recluso. Sin agentes de prensa, sin fanfarria, hace mutis por el foro. Cruza el espejo con sus cuadros, sus mujeres y su sana manía de pornógrafo o teólogo. ¿Nos mira o nos deja mirarnos a través la invertida transparencia de sus tramas?

Con una prosa sagaz, majestuosa, y exquisita, sumada al asombroso manejo de las leyes de la *hospitalidad* y la *pura representación*, García Ponce ha construido un modelo narrativo único en la lengua; logrando trasladar hasta la mente del lector, gracias al poder evocativo de la palabra, el mundo que late en la imaginación del autor. ¿Mudanza o acarreo? Entra el lector sin convencionalismos al intenso mundo del verdadero valor de los conocimientos inútiles. Se lee o se aloja en el plácido recinto que lo abarca todo, y se ampara al abrigo de las palabras, capaces de decir *hasta lo que no se puede decir con las palabras*.

Me enteré que está de viaje. Como todos los finales de año, mucha gente sale quién sabe a qué. Los normales, normalmente, salen a tomar el sol. Con nombres de mujer, estoy seguro, Juan García Ponce, salió a airear las palabras y a cuidarse, sobre todo, de que su biografía no nos asalte en la bruma. Las palabras, ya lo dijo, le dan vida hasta al mismo Homero... y, “sin las novelas no existiría la posibilidad de las biografías”.

\* René Rodríguez Soriano nació en Constanza, República Dominicana, en 1950. Ha publicado más de una docena de títulos de narrativa, poesía, ensayo y crónicas, entre los que sobresalen: Raíces con dos comienzos y un final, Canciones rosa para una niña gris metal, Todos los juegos el juego, Muestra gratis, Su nombre, Julia, La radio y otros boleros, El diablo sabe por diablo y Queda la música. Así como también, a toda complicidad, y a dos manos: Probablemente es virgen, todavía, Blasfemia Angelical, Y así llegaste tú..., junto Ramón Tejada Holguín; y Salvo el insomnio, con Plinio Chahín. Desde mediados de los 70 ha estado ligado a la creación y producción de materiales publicitarios e informativos para medios de comunicación electrónica, y la docencia universitaria en el área de la creatividad y la redacción. Ha obtenido importantes galardones tanto en su país como en el área caribeña. En 1997 obtuvo el Premio Nacional de Cuentos que otorga la Secretaría de Educación y Bellas Artes de su país. Mayor información en: <http://www.rodriquesoriano.com>